

VUELO A ITALIA

Por: Héctor Ceballos Garibay

Un leve mareo me atosigó antes de subir al taxi rumbo al aeropuerto. El cansancio se traslucía en mis gestos torpes y nerviosos. No había podido dormir a plenitud, preocupado por los preparativos del viaje, excitado y todavía incrédulo ante la contundencia de los hechos que se encadenaban precipitadamente y volvían realidad esta primera excursión a la vetusta Europa. Y en efecto, ahí me encontraba, exhalando felicidad, con el boleto en la mano y la maleta a punto.

¿Y por qué a Italia?, me preguntaban los amigos. Prefería no contestarles, evitar la pedantería de aquel alud de razones gratificantes que se agolpaban en mi mente. ¡Ah, la nutricia tierra de Dante! ¿Cómo aludir -sin volverme odioso- a la irisada belleza de las vírgenes del Giotto, a la serenidad clásica que emerge de las iglesias florentinas, al *pathos* barroco descollante en la arquitectura de Roma, a los colores sublimados de los pintores venecianos? Sí, había que guardar discreto silencio. Y esperar, casi con delectación masoquista, a que el tiempo me acercara paso a paso a esa tan ansiada confrontación entre mi cultura libresca y la realidad tangible de los tesoros artísticos.

Desafiar la inmensidad del cielo con aquel avión semivacío, ligeramente demorado, me produjo una sensación de bienaventuranza, casi de omni-

potencia. Por fin comenzaba esta travesía tanto tiempo acariciada, y firmemente asumida como un parteaguas personal. Años y años de trabajar y ahorrar una pequeña fortuna que, en esta época de crisis, a cualquier persona le hubiera parecido una insensatez dilapidar en un viaje turístico de seis meses. Y así, a mis 30 años y sin ataduras laborales o familiares, emprendí exultante esta experiencia de abrir las entrañas culturales de Italia, de empaparme con el néctar de sus viñedos, de recorrer los meandros de su historia, y de paladear las florituras de su lenguaje.

Una breve escala en Nueva York me sirvió para ensayar, a vuelo de pájaro, una primera versión al español de algunos poemas de Pavese. Poco tiempo duró aquel inspirado estado de arrobamiento espiritual, pues al retornar al avión para emprender el vuelo trasatlántico me encontré con una multitud ruidosa de ítalo-norteamericanos que, a cada rato, festinaban el regreso temporal al terruño sacrosanto. A veces en inglés, otras en italiano, comentaban los incidentes del despegue, bromeaban entre sí y canturreaban al calor de los aperitivos. Evidentemente, me fue imposible retornar a la traducción, y tampoco pude embelesarme con mis propias ensoñaciones que presuponían la bondad del silencio. Amaba a Italia, es cierto, pero no a los italianos agringados, demasiado colonizados y prestos a vanagloriarse de sus triunfos en América.

Ubicada del lado izquierdo del avión se encontraba una pareja de mexicanos que me pareció interesante. La casualidad nos hizo coincidir en los asientos para los no fumadores. De momento lamenté la vecindad de estos paisanos, añosos y elegantes, pero luego, ante el

estrépito generado por los ítalos, los consideré como si fueran una bendición. Afortunadamente podía hablar de cosas interesantes con este par de arquitectos, marido y mujer, que trabajaban sus proyectos al alimón, y que esperaban obtener un premio en los concursos de diseño artístico auspiciados por la Bienal de Venecia.

– ¿Y cómo es que aún sobreviven casados y viéndose todo el tiempo? -les pregunté, alzando la copa de vino para brindar en honor de la Roma Imperial.

– Todo es cuestión de saber cómo pasar del amor al trabajo, y viceversa, sin mezclar el uno con el otro -me contestó él, con una sonrisa de autosatisfacción.

– El secreto es muy simple -intervino ella con presteza e ironía-, en la casa manda mi esposo y en el despacho soy yo quien lleva la batuta.

Por más que buscábamos la sensación de estar ya en Italia, mediante el regodeo implícito en esta tertulia a tres bandas entre Daniel, Sofía y yo, no tardamos mucho en dejar de lado las fantasías. La cena del avión -tan insípida y parca- nos retrotrajo sin misericordia a la realidad del tedioso vuelo nocturno.

En eso estábamos, conversando campechanamente sobre temas de actualidad como el proceso judicial contra Silvio Berlusconi y el reciente incendio en la Fenice, o de tópicos culturales como la última novela de Umberto Eco y el cine inmortal de Fellini, cuando sentí el peso de una mirada que escrutaba morbosamente mi manera gustosa de paladear el postre. Eran unos ojos grises, coquetísimos tratándose

de una muchacha de escasos 15 o 16 años. Primero, al observar la persistencia de aquella sonrisa leonardezca, pensé que algún residuo alimenticio en mi cara había provocado su curiosidad. Pero en seguida, después de limpiarme la boca con la servilleta, advertí que no había mordacidad alguna en esa mirada que sacaba a flote mi timidez. Supuse entonces que, con aquel reiterado juego de ojos, ella simplemente estaba probando conmigo su recién adquirida capacidad de seducción erótica; o que, en otro tenor, mis facciones le recordaban la imagen grata de algún ser querido.

¿Por qué yo -un tipo poco agraciado en el aspecto físico- podía parecerle interesante a esta beldad digna del Corregio? En el avión viajaban jóvenes guapísimos y hombres maduros que, sin duda, hubieran sido una mejor elección para aquellos ojos ávidos de mundo. Así que la duda punzaba dentro de mí y me impedía proseguir con fluidez la conversación -harto presuntuosa a decir verdad- entre mis coterráneos y yo. Pronto caí en la cuenta de que no tenía respuesta ni modo de averiguarla, salvo si vencía el temor al ridículo y buscaba la forma de preguntarle de viva voz qué era aquello de mi persona que a ella le suscitaba tanto interés.

Al término de la cena, mis compañeros de viaje interrumpieron la plática común, arguyendo que Daniel intentaría dormir y que Sofía vería la película. Así pues, yo tendría el tiempo suficiente para planear cómo abordar a esta Venus adolescente. Para mi desgracia, transcurrieron bastantes horas sin que volviera a reparar en mí. Ella viajaba acompañada de un señor de mediana edad -alto, jovial y en exceso cariñoso- que supuse era su padre. Con ellos iba un niño de

7 u 8 años, seguramente el hijo menor. El hecho de que estuvieran situados en el costado derecho del avión y a sólo una fila delante de mi asiento, me permitía observarla a mis anchas cuando giraba su cabeza y me sonreía, o cuando se olvidaba de mí y se entretenía hojeando revistas.

La incertidumbre ahuecaba mi estómago. ¿No sería una estupidez entrometerme en la vida de esta infanta precoz? ¿Cómo reaccionaría su padre -un macho italiano, con toda certeza- si me descubría haciéndole la corte a su hija? Sin quitarle los ojos de encima, continuaba a la espera de otra señal, de otra mirada suya directa o furtiva. Daniel, al contemplar mi estado de estupor -una parálisis con sudoración extrema-, me sugirió que tomara algún tranquilizante. Rápidamente le expliqué que estaba demasiado excitado por la expectativa de mi primer encuentro con el viejo continente; y luego de rehusar cortésmente su ofrecimiento, lo conminé a que volviera a la placidez del sueño.

Dejé de beber, pues quería estar lúcido a la hora de hablar con ella. ¿Le preguntaría su nombre en inglés o en italiano? Mi estrategia era muy simple: en el momento en que ella volteara hacia mí, le indicaría con un movimiento lateral del rostro que la esperaba atrás, a la salida de los sanitarios. En ese lugar, propicio para aparentar un encuentro fortuito y lejos de la tropa de italianos, me animaría sin duda a preguntarle su nombre, a elogiarle su dorada cabellera y, ¿quién sabe?, a tomar y besarle sus manos todavía de niña.

La dilatada espera se volvía extenuante. ¿Entendería ella el mensaje? ¿Aguardaría unos cuantos minutos en su asiento, para luego dirigirse discretamente al baño tras de mis pasos? Tardaba

siglos en voltear de nuevo, y su demora actuó como un catalizador de imágenes rebosantes de fantasía: de pronto aparecíamos ella y yo en alegre conversación, cobijados por la oscuridad de la noche, sintiendo el roce palpitante de los cuerpos, y aventurando el placer de los besos furtivos. Minutos más tarde, en pleno delirio imaginativo, proyectaba en mi mente una trillada película pornográfica en la cual hacíamos el amor en alguno de los lugares vacíos, víctimas de una ansia sexual irreprimible, semidesnudos y arrebatados el uno con el otro, a punto del orgasmo ante el peligro de ser descubiertos por la sobrecarga o por alguno de los pasajeros.

El avión se acercaba a su destino y ella seguía sin mirarme, absorpta en la tarea de entretener a su hermanito y de reír los chistes a los amigos de su papá. Era tal mi crispación, que comencé a preguntarme si no había caído en las redes de algún espejismo erótico. ¿Acaso era a mí a quien le coqueteaba? ¿No estaría yo confundiendo una mirada ingenua con un flirteo, una simple sonrisa infantil con una incitación plena de lascivia? Para colmo de males, los efectos tardíos del alcohol acentuaban mi melancolía, a la vez que el prolongado desasosiego me sumía en un torbellino de disquisiciones pesimistas: no podía ser yo, caramba, la causa de sus primeros devaneos, pues bien conocía mi falta de atractivo, mi recurrente torpeza en el trato seductor con las mujeres.

Faltaba escasa media hora para que finalizara la película. El tiempo corría en mi contra. Si no volteaba ahora, se me escaparía de las manos

la oportunidad de cruzar palabras con ella, perdería la ocasión de espantar para siempre aquellas dudas que me crepitaban el alma como si estuviera en el infierno. Cinco minutos más de espera, fue el último plazo que me puse. Apenas había dejado de ver el reloj, cuando por fin volteó y descubrí en sus ojos cierta malicia, como si tan sólo quisiera cerciorarse de que ahí me tenía, esperándola eternamente, embelesado con su palidez botticceliana, rogándole a los dioses para que la condujeran hacia mí. Apenas si tuve el tiempo suficiente como para enderezarme, girar la cabeza hacia atrás y balbucear la invitación a que me siguiera a la parte posterior del avión. Eran tales mis nervios, que no pude observar su reacción: si asintió o no, si actuó con disimulo o se quedó mirando la manera inhábil de pararme del asiento y encaminar mis pasos hacia aquel destino prefijado. Entré al baño para acicalarme un poco, y salí de él lo más rápido que me fue posible. A lo lejos vi su pelo dorado: no se había movido de su asiento. Todo el entorno permanecía en desesperante calma: unos pasajeros dormían, otros veían la película –a punto de concluir-, y algunos pocos platicaban o se levantaban a los lavabos. Mi corazón latía a martillazos mientras aguardaba, todavía esperanzado, a que de un momento a otro ella desocupara su lugar y se dirigiera hacia donde yo estaba. La esperé ahí, al finalizar el largo pasillo, con la mirada fija en sus mechones rubios y repitiendo sin cesar las frases convenientes para saludarla e infundirle confianza. Tal vez -pensaba- el nuestro fuera un encuentro tan afortunado, como para planear una o varias citas en Roma. Súbitamente percibí cierto movimiento y se avivó la última de mis ilusiones. ¡Nada! Se trataba de su hermano menor, quien jugueteando corría a los mingitorios situados en la parte media del jumbo.

Me sentía fatigado, inerme y desolado ante la luz rojiza del amanecer que despuntaba en el horizonte. La película ya había terminado y los sobrecargos se apresuraban a servir el desayuno. Una repentina turbulencia me hizo trastabillar cuando, con pies de plomo, me dirigí a mi asiento. Daniel y Sofía percibieron de inmediato mi estado deplorable. Ellos, por el contrario, lucían en magníficas condiciones. Con voz alta para que yo los escuchara, planeaban su itinerario por Venecia. En él aparecía la consabida visita turística a la Academia, al Rialto, a San Giovanni, a San Marco, y a tantos otros lugares de peregrinación obligatoria. De improviso, como para remarcar cuán especializados eran sus juicios estéticos, Daniel me lanzó una pregunta retadora:

– Me gustaría saber, Miguel, a quién prefieres: a Jacopo Tintoretto o a Pablo Veronese.

– El mejor de los pintores venecianos es Ticiano -le respondí con una soberbia rotunda que puso punto final al diálogo.

Me acerqué a la ventanilla, seguro de que conseguiría reanimarme con aquella excelsa panorámica de la ciudad de Bernini. Fue tal el impacto, que me pregunté si ella, a su corta edad, conocería la galería *Borghese*, si me hubiera aceptado la invitación a comer en el *Trastevere*, y si algún día volvería a verla. Ni siquiera la magnificencia de Roma, el hecho real de estar sobrevolándola, admirándola, podía borrar de mi mente el encanto sutil de aquella sonrisa. ¡Qué afortunada combinación de ternura y sensualidad!

El descenso fue preciso, apenas un ligerísimo golpeteo del avión al aterrizar. Al unísono se oyó el aplauso jubiloso de los ítalo-norteamericanos,

eufóricos por el arribo a la madre patria. Luego de salir paso a paso de la inmensa nave, nos dirigimos presurosos al puesto de migración y, por último, a la sala en donde aguardaríamos la llegada de los equipajes. En este espacio amplio y luminoso la volví a ver, a corta distancia, y, para mi sorpresa, me pareció más joven, casi una niña. La minifalda que vestía apenas si le cubría unas piernas muy delgadas, níveas, dibujadas con mano maestra. La visualicé como si fuera ella una sílfide recién nacida de las conchas marinas, orgullosa de su esbeltez, lista para presumir aquel busto incipiente, firme, que apuntaba al cielo. Sentí de nuevo el vértigo de la inspiración, y me propuse, al menos, decirle un cálido adiós al oído.

Las maletas de Daniel y Sofía aparecieron de inmediato. Me alegré de que se despidieran, de verlos partir sin intercambiar con ellos nuestras señas particulares. En otra situación, quizá, hubiera procurado ahondar la relación amistosa; pero ahora no tenía tiempo ni cabeza para tal fin. Me noté revitalizado nada más por el hecho de contemplar la grácil figura de aquella adolescente virginal, inaccesible, imperecedera.

Acallé un grito de entusiasmo cuando la vi -¡ya era hora!- que se dirigía al sanitario. De momento no supe qué hacer, si recoger primero mi equipaje del riel donde daba vueltas, o apresurarme tras ella, para abordarla a su regreso del baño. Hice lo segundo. Prendí un cigarrillo y esperé vigilante, preso de tribulaciones. Salió presurosa, todavía secándose las manos. Me le acerqué al instante, exaltado y animoso, pero apenas abría la boca para presentarme, cuando ya ella se encontraba a cuatro metros de distancia. Diría que se asustó o que tal vez me confundió con otra persona, no lo sé, el caso es que me esquivo ágilmente, en un abrir y cerrar de ojos, escudándose en un nuevo

rostro, adusto e imperturbable.

Por los altavoces se anunció el arribo de otros vuelos. Al volver en mí, descubrí azorado que los ítalo-norteamericanos se habían marchado, que sólo un eco lejano de su algarabía quedaba en aquella sala semivacía. Me encontraba solo, a medio camino de cualquier punto, paralizado y boquiabierto en ese lugar de nadie, como si me hubieran sacrificado con mis propias expectativas. Respiré a bocanadas y poco a poco tomé conciencia de que estaba en Roma, de que finalmente había cumplido mi sueño de pisar suelo italiano. ¡Debería estar contentísimo! , me dije a mí mismo, como buscando nuevos bríos. A lo lejos, mi maleta daba vueltas y vueltas, parecía no tener dueño.